

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

JULIO FLORES

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién soy?

Nací bajo el signo de Capricornio. La astrología afirma que los capricornianos somos gente de gran carácter, firme en sus resoluciones, decididos, dotados de gran espíritu de superación. Somos terriblemente perseverantes. Los juegos de azar y la rueda de la Fortuna no nos favorecen. Todas las realizaciones que pudiésemos lograr serán a través de la constancia y el sacrificio.

Yo no sé cuanto de verdad hay en esta afirmación, tampoco me preocupa, sólo puedo decir que mi vida ha sido de trabajo y esfuerzo. Soy un hombre que he luchado a brazo abierto por mi formación, mis objetivos, mis ideales. Una lucha que a veces se tornó difícil, angustiada, pero que al final me ha entregado muchas satisfacciones. De ahí que soy un rebelde, porque la vida me obligó a vivir en constante lucha con el mundo,

un mundo enajenado, que no me satisfacía y me hizo ser inconformista conmigo mismo, contra la injusticia. Eso mismo me transformó en un hombre de palabra franca, al extremo de haber perdido amigos por decir una verdad. Me gusta ser sincero conmigo y con los demás. Soy de espíritu humanista, amistoso, con gran respeto por todo lo ajeno a mí. Soy capaz de decir sí, cuando se debe decir sí, y decir no, cuando hay que decir no.

1.—En los pasos de la infancia.

Soy descendiente de los changos, una raza de pescadores que habitó una franja del litoral chileno. Nací en la caleta "El Membrillo", en Valparaíso, un día de diciembre, a pocas horas de haber pasado el viejo pascuero con su trineo, repartiendo juguetes y obsequios a los niños del mundo. Ignoro si se acordó de los chiquillos de la mísera caleta, pero, sí, de mi madre, porque de cierto modo fui para ella un regalo de Navidad.

Vine al mundo entre el rumor del mar, el graznar de las gaviotas y el vocinglerío de los pescadores. Aún existe la casa de mi infancia, pero, casi la he olvidado, porque con el tiempo, otras voces se han encargado de fabular historias en tor-

no a mi nacimiento. Algunos dicen que nací en una vieja y piojosa casucha de la playa. Otros, aseveran que fui encontrado sobre las rocas de la caleta. Mito y realidad fue mi "ley estructural". Creo que estos comentarios me han favorecido, porque han rodeado mi origen de cierta fantasía. Pero a mí estas cosas no me quitan el sueño; no tomo en cuenta las zarzamoras de mi camino, y sigo adelante. La vida me ha enseñado muchas cosas.

Mi padre fue un pescador, y lo digo con honor. Cuando pequeño me llevaba en su embarcación mar afuera a calar las redes y los espineles. Aprendí a conocer la voz del viento, el lenguaje del océano y amé el mar. Mi padre era un viejo lobo de mar, lo llamaban **El Lobo**. El me inició en el aprendizaje de los misterios de la pesca. Era un hombre rudo, tosco, severo, introvertido, no afectuoso. Sólo cuando bebía un poco de vino, su carácter cambiaba: se hacía más alegre y comunicativo.

De mi madre guardo una imagen idealizada. La veo laboriosa, cumpliendo los quehaceres de la casa. Había estudiado en las monjas y desde allí traía la formación de ser amante al hogar. Era una mujer alegre, pródiga en afecto. En ella co-

nóci el amor, un amor inmenso, cariño que me transmitió hasta el final de sus días.

Toda mi infancia, hasta los siete años, está llena de bellos recuerdos, colmada de alegrías. Fue un tiempo feliz, un mundo demasiado maravilloso. Yo tenía un carácter tranquilo. Buscaba la soledad para mis juegos. Me gustaba hablar solo, imaginar personajes legendarios, fabular historias, inventar aventuras, modelar arcilla, dialogar con las flores, correr por el cerro, jugar con el viento, saltar en los roqueríos de la costa, conversar con el mar. Poseía una gran riqueza imaginativa. Quizá inconscientemente, ese fue mi punto de partida a mi vocación de escritor y a mi creación literaria. Muchos de estos recuerdos, emociones, ideas, imágenes, quedaron plasmados para siempre en mi memoria, y vuelven con frecuencia en un acoso constante.

Este período primario en mi casa natal con mis padres, junto a la vieja caleta de pescadores, me entregó una vivencia colmada de impresiones fabulosas; un conocimiento rico en experiencias sensoriales; un mundo mágico y supersticioso, que después he recordado toda mi vida. Vida y lugar donde retorno con frecuencia en una constante búsqueda de mis días lejanos...

Aprendí mis primeras letras en una humilde escuela pública que había en el barrio. La dirigían dos profesoras, genuinas educadoras de la vieja estirpe, que me enseñaron a leer con una constante repetición en el Silabario del "Ojo", de Claudio Matte. Tenía seis años.

No cumplía aún los ocho años, cuando mi madre enfermó grave de tuberculosis y fue hospitalizada. Nunca más volvió a casa. A los pocos meses falleció. Antes de morir —no recuerdo quién— me llevó al hospital a verla. En una fría sala común, la encontré acostada en una cama blanca. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. No recuerdo cuál fue mi reacción en aquel momento, pero comprendí que ella no quería morir.

De este primer mundo: el de mi infancia, quedaron muchas huellas. Mis juegos infantiles poblados de fantasías; los fríos días invernales en el hogar; la caleta con sus bongos dormitando bajo el sol; mi padre tejiendo las redes en la rambla; mi madre cosiendo hasta altas horas de la noche para mitigar nuestra hambre; los misteriosos juguetes que el viejo pascuero traía y se llevaba, según como hubiese sido mi conducta; la agónica enfermedad de mi madre; los conjuros y oraciones que se rezaban para espantar al demonio y las áni-

mas que deambulaban por las noches; la fantástica festividad de San Pedro; mi desempeño de monaguillo en la parroquia. Todo eso hubo. Todo ese mundo me despertó profundas vibraciones emotivas. Todo ese mundo se derrumbó para siempre cuando mi madre murió . . .

2.—En la pupila de la noche.

Nunca he podido explicarme cómo se derrumbó mi hogar. Los muebles, las cosas, hasta las plantas que mi madre cuidaba con esmero, se desaparecieron como por encantamiento. A los seis meses de viudez, mi padre contrajo segundas nupcias, formando un segundo hogar en otra casa que me resultó extraña y sin calor.

Mi madrastra tenía dos hijas del primer matrimonio, de igual edad que mi hermano Luis y yo. En total sumamos seis. Mi madrastra mantenía un negocio de pescados y mariscos en el Mercado Municipal del puerto. Yo fui designado a desempeñarme allí como muchacho de los mandados y aseo. Así, brutalmente, fui obligado a ejercer un trabajo en un medio difícil y hostil. Tuve que relacionarme con comerciantes, chungueros, cocineiras, cargadores de muelles, marineros de bahía; to-

do un grupo de gente rústica, vulgar, de lenguaje obsceno. Comprendí que mi vida de infancia se había terminado.

No fue fácil ambientarme a ese mundo. El rudo trabajo cotidiano se me presentó como una realidad lacerante, deshumanizada y grotesca que chocó violenta con mi sensibilidad de niño. Me sentí sacudido por un diario vivir violento y brutal. Fue un período difícil que duró cuatro años. Me agobió la angustia, el dolor y las lágrimas. Con el tiempo, la existencia en esa casa y aquel trabajo me fueron insoportables. Acosado por las exigencias de mi madrastra, los desacuerdos con mi padre, resolví romper aquellas amarras. Un día, dominado por la rebeldía, abandoné esa casa. Nunca más volví a ella. Con doce años a costas me propuse enfrentarme al mundo.

Desempeñé los más variados oficios. Fui repartidor de diarios, niño de mandados, encerador, limpiador de automóviles, copero, mozo. Era una época ardua. La Segunda Guerra Mundial afectaba indirectamente a nuestro país y el trabajo era escaso. Sin embargo luché. Luché con rabia y con fe. Estaba decidido a salir adelante sin saber cómo ni cuándo. Fue entonces cuando conseguí un empleo de mozo en la casa del millonario alemán don

Otto Hawlizeck. La casa Hawlizeck iba a ser lo que yo llamaría después mi gran trampolín.

Mi estada en la casa Hawlizeck tuvo una doble importancia para mí. Una: establecerme en un medio social diferente, entre gente rica, bien educada, donde todo era distinto. Buen trato, buen modo de hablar, distinción en los modales, decencia, orden, respeto por todo. Los empleados —éramos seis— nos sentíamos identificados como seres humanos, tratados con justicia. Fue un mundo desconocido del cual aprendí mucho. A esa casa llegaba gente distinguida, de buena posición económica, todos pertenecientes a la colonia alemana residente: médicos, profesores, bancarios, abogados, empresarios, que cada día viernes venían con sus esposas o damas acompañantes a cenar; reunión que constituía todo un acontecimiento social.

A esta casa llegaba con frecuencia un profesor del Colegio Alemán, que estaba casado con una sobrina del señor Hawlizeck: Frau Ursula. No recuerdo el nombre de ese señor, pero no sé por qué me tomó simpatía. Fue él quien de su biblioteca particular empezó a prestarme libros para leer. En su mayoría eran novelas. Emilio Salgari, Charles Dickens, Alejandro Dumas, fueron los primeros escritores que conocí. Ellos despertaron en mí el in-

terés por la lectura. Esta afición fue en aumento, me introdujo al conocimiento de un mundo nuevo, sugerente. Sin darme cuenta empecé a estudiar, y lo hice en ese soñar maravilloso que es el mundo creado por el escritor.

La casa Hawlizeck me dejó profundas enseñanzas; una experiencia vital para mi lucha con la vida. Siempre vuelven a mi memoria los días transcurridos en esa casona. Recuerdo sus tres hermosos salones: el estilo imperio, el rojo y el gran salón de visitas. Recuerdo el comedor adornado con auténticas cabezas de ciervos, los hermosos trofeos colgando en los pasillos, las alfombras persas, los cortinajes de brocato, los dos enormes mastines que rondaban por los jardines y la figura de don Otto Hawlizeck paladeando su Martini helado en la terraza.

La segunda importancia que tuvo para mí la casa Hawlizeck, fue haber encontrado allí tranquilidad. Pude pensar con calma y serenidad qué pasos iba a dar en mi futuro. Después de un tiempo decidí ingresar a la Armada Nacional. El mar, mi prístina fuente bautismal, seguía siendo afecto a mí. Me entusiasmaba la idea de ser marino, navegar, viajar, conocer otros mundos, tener oportunidad de estudiar una profesión.

En 1942 elevé una solicitud de postulación a la Marina de Guerra y fui aceptado. Cuando llegó el día de partir, fui llamado por el señor Hawlizeck a su presencia. Con voz serena me dijo: "Mire, niño, me alegro que usted se vaya a la Armada. Le deseo éxito y suerte. No se olvide de nosotros; venga a vernos". Sus hermosos ojos azul cielo brillaron a la luz del día, detrás de sus anteojos con marco de oro. Su mirada firme, pero generosa, me llenó de aliento, me sentí estimulado.

3.—Vientos y mareas.

De la casa Hawlizeck pasé a la Marina de Guerra. Fui recluta, aprendí el saludo militar y a juntar los talones. A los tres meses juré a la Bandera y me ungieron marino. Practiqué Infantería de Marina, me desempeñé como cargador en la artillería de costa, finalmente terminé siendo radio operador naval. Veinte años serví en la Marina de Guerra. Fui marino y oficial. Recorrí la costa de Chile desde Arica por el norte, hasta las islas Diego Ramírez, por el extremo sur. Navegué en mares calmos y tempestuosos, por zonas tórridas y heladas. Incursioné los canales magallánicos, conocí los indios "alacalufes" en Puerto Edén,

comí "calafates" en Punta Arenas, me indigesté con centollas en Puerto Williams, avisté la fantasmal figura del "Caleuche" en el Golfo de Penas, me incliné reverente ante los ventisqueros del Canal Beagle, encontré las huellas de Darwin y Fitz Roy en Magallanes, vi volar los brujos en Chiloé, escuché al diablo arrastrar sus cadenas en el Cabo de Hornos, enfrenté a Dios en el infinito cielo estrellado en mis guardias de vigía, estuve con la Muerte varias veces a bordo de mi barco, aprendí a amar el mar en toda su grandeza universal. Desde entonces decidí quedarme para siempre junto a él, estrechados en un abrazo inmortal.

En la Marina de Guerra conocí alegrías y tristezas. La vida del marino es así: multifacética, dispuesta a variar a diferentes estados anímicos: exige mucha voluntad y entereza. Las labores cotidianas náuticas determinan en sus tripulantes una comunión espiritual permanente. Esta estrecha convivencia abre en sus corazones una profunda humanidad. No hay lugar para las bajas pasiones. De esa comunión gestada entre cielo y mar, el hombre aprende a amar al hombre como a un hermano fraterno. Todos son hijos del mar. Todos forman una gran familia: la familia de la chimenea ploma.

La Armada Nacional fue el crisol donde templé mi carácter, afiancé mi responsabilidad, forjé mis deberes para conmigo y los demás. Quien desee seguir la carrera de las armas debe ser tolerante; es como cumplir sagrados votos en una congregación religiosa. La formación de un marino necesita de una mística; quien no lo entienda así, no llegará nunca a ser un auténtico marino. La mía duró veinte años. La Universidad, mi formación académica y mi incursionar en la literatura me hicieron cambiar. Tuve otra visión de mundo. Comprendí que había perdido mi vocación y la religiosidad del hombre de armas, y debía ser honesto conmigo mismo y con la institución a la cual servía. Resolví retirarme de la Marina y así lo hice.

Don Miguel de Cervantes y Saavedra en su inmortal "Quijote", expresó: que ser desagradecido era el peor pecado del mundo. Siendo así, es mi deber reconocer la gratitud que debo a la Marina de Guerra. Ella me dio oportunidades, pero no fueron fáciles, al contrario, de grandes sacrificios. No fue como ese refrán francés que dice: "¿Te gustan los pasteles?" Los pasteles no me fueron ofrecidos en una bandeja. Los pasteles tuve que prepararlos yo mismo. Sólo después de doce

años de espera vine a gustarlos. ¡Qué gran día fue aquél!

De mis vivencias en la Armada Nacional podría contar muchas cosas. Todo un mundo de anécdotas extraordinarias que borraría la falsa imagen del marinero nostálgico que tiene un amor en cada puerto y deja una romántica estela de besos ilusionados. Pienso que podría servir para preparar un interesante largometraje para la TV.

La vida en la Marina de Guerra no tiene principio ni fin. Es una constante renovación, un ciclo determinado por los que se van y los que llegan. Cada uno deja una parte de su vida: ilusiones, anhelos, realizaciones, éxitos, fracasos. De todas estas realidades está conformado ese mundo: un mundo autobiográfico, sensible y vital.

4.—Por la libertad del espíritu.

Entre la escuela pública y el colegio parroquial transcurrieron cuatro años de estudios. Aprendí a leer y escribir, las cuatro operaciones, las partes de la oración gramatical, algo de historia de Chile y algunos poemas de Gabriela Mistral. Esa fue toda mi instrucción primaria: un caramelo pequeño que apenas saboreé. Sólo a los diecisiete

años después, cursé mis estudios humanísticos en el Liceo Nocturno "Pedro Aguirre Cerda" de Talcahuano. La literatura siguió siendo mi norte y acariciaba la idea de licenciarme alguna vez de Profesor de Castellano. Mas no sucedió así: me titulé de Dentista. El gran revés fue, que para estudiar en la Universidad, la Armada me otorgó una beca, con la condición que debía elegir una carrera que fuese compatible con el servicio naval. Tuve que elegir entre Medicina, Farmacia y Odontología. Opté por lo último, sin saber qué clase de carrera era.

Mi ingreso a la Universidad de Concepción a estudiar una carrera universitaria, fue un gran triunfo; unos de los momentos más significativos de mi vida. Lloré de emoción y alegría. Los cinco años de permanencia en esa casa de estudios superiores, culminaron no sólo con un título profesional, sino en ricas experiencias, conocimiento y cultura. Junto con mi formación académica me propuse encontrar "algo más"; ese "algo más" que la Universidad entrega además de la enseñanza, la investigación y la difusión del conocimiento. Ese "algo más" al cual se refería en su tiempo de Rector el doctor Edgardo Enríquez Fröden: "La Universidad es ALGO MAS . . . Su esencia está en ese

“algo más”, subjetivo si se quiere, difícil de precisar, pero fundamental. Posee un espíritu, un objetivo superior, un afán de perfeccionamiento, un anhelo de superación que es la fuerza de transmitir al hombre . . .” Ese ALGO MAS para mí fue un proceso de incursión en la cultura y el intelecto. Me interesó todo lo relacionado con el ARTE: la literatura, la pintura, la música, la ópera, el ballet. Estudié historia, psicología, sociología: hice mi propia revolución cultural mucho antes que Mao Tse Tung.

Fue en esta primera Universidad, donde inicié mi formación literaria a través de un estudio autodidáctico. Reemplacé mis anteriores lecturas por los clásicos griegos, los latinos, los renacentistas, los europeos modernos y contemporáneos. Fue un largo viaje por las grandes literaturas de todos los tiempos, un despertar alucinante. Sentí germinar en mí la simiente del escritor. Toda una fuerza cargada de presagios, la percibía interiormente. Me intranquilizaba una imperiosa necesidad de hablar, contar, relatar cosas; sacar de la severa profundidad de mi ser muchas ideas, imágenes, sombras, demonios que me acosaban por un deseo de tomar íntima sustancia existencial. Comprendí que de mi condición de hombre, se desprendía lenta-

mente mi otro YO de escritor. Así nací a las letras, a la palabra escrita, a la comunicación, a la reflexión, a la búsqueda del hombre, en un deseo de revisar su mundo.

Mis primeros trabajos estuvieron relacionados por una línea ensayística. Fueron colaboraciones para la Revista del Centro de Alumnos. Después vinieron los borradores de algunos cuentos. Surgió la idea de una novela; el tema me apasionaba. Día a día fui estructurándola, dando forma a los motivos, al conflicto, los personajes, hasta completarla mentalmente. La narré una y otra vez a mis compañeros universitarios, como si estuviera escrita. Así inicié mis primeros pasos en mi trayectoria de escritor, bajo el alero simbólico del campanil de la ciudad universitaria.

El día que egresé de la Universidad, salí llevando en una mano mi título profesional, en la otra, una pluma y un libro inédito.

5.—Mis raíces.

Fui un peregrino dominado por una obsesión metafísica, que un día abandoné mi hogar empeñado en encontrar mi propia identidad. En mi andar encontré una doncella con un cántaro. Me dio

de beber. El agua fresca calmó mi sed, detuve mis pasos. Contemplé su rostro. Era claro como el arroyo cristalino; pura como las flores del campo; próxima y lejana como el viento. Su nombre era ISABEL.

Tomados de la mano seguimos juntos por el ancho camino. Conversamos. Ella me habló de su niñez en una isla lejana. Yo, de mi soledad y mis sueños. Era junio. Las margaritas silvestres estaban florecidas y se inclinaban reverentes a nuestro paso. En un recodo del camino decidimos quedarnos. Allí besé su boca de pétalos húmedos, sus manos, dos palomas inmóviles. Había en ella una fragancia a sándalo, a murtillas, a zarzamoras, a maquis, a capulíes. Y echamos raíces. Algunas se perdieron en la tierra tibia, otras brotaron lozanas. Raíces entroncadas a nuestros corazones. Raíces blancas como los lirios del campo; raíces dulces como el azúcar de caña; raíces tiernas como las plúmulas germinando. Raíces tuyas y mías, prolongación de nuestras vidas. Hijos-raíces de brote puro, de ojos dulces, de sangre mía, de senos tuyos, de risas nuestras, de besos de oro.

Flor de tierra simple, de tu vientre virgen brotaron juncos luminosos. Entre tú y yo, nació el amor sin límites. En tus manos puse mi canto

y mis anhelos. Hundi en tu pecho mis pensamientos, mi silencio mustio. Suavidad de la tarde has sido en mis quebrantos; tu reino interior de mares profundos, me ha dado aliento.

6.—Por los caminos del mundo.

He navegado por distintas latitudes sin preocuparme de llevar mapas ni brújulas. Mi intuición marinera viene por herencia. Sé orientarme por las estrellas, me guío por la ruta de viejos corsarios.

He viajado por distintos lugares. De todos los medios de movilización usados, prefiero mi velero el **Bettina**, que tengo acoderado a un cerro de Valparaíso hace muchos años. En él puedo zarpar a cualquier parte, quedarme el tiempo que me plazca, y volver a velamen desplegado en un abrir y cerrar de ojos. Tengo pasaporte internacional para entrar a cualquier país y fuero diplomático para protegerme. La literatura otorga ese privilegio a los escritores.

He recorrido medio mundo solamente hablando español. De ahí mi convencimiento que esta lengua sea un idioma universal. Dejé mis huellas por los caminos de América del Sur, Centroamérica, los Estados Unidos de Norteamérica y Euro-

pa. En mi peregrinar admiré muchas obras de arte, pinturas famosas, magníficas esculturas, reliquias y riquezas. Visité palacios, monasterios, catedrales, museos, monumentos, ciudades históricas. Después de todo eso, me quedo con la prehistoria americana; con las culturas precolombinas; con el esplendor de Tenochtitlán y el Cuzco; con la civilización de Tiahuanaco; con las ruinas de Macchu-Picchu; con la magia, las leyendas y "lo real-maravilloso" de América. En otras palabras, con lo auténticamente americano.

Caminando por Chile, he seguido las pisadas de Pablo de Rokha. En mis retinas quedaron prendidas las lagunas Cota-Cotani y Chungará, con sus Payachatas; desierto adentro, con San Pedro de Atacama y Toconao; la Mistral viviente en Montegrande; Valparaíso luminoso descendiendo por los cerros; la voz universal de Neruda en Isla Negra; los "moai" caminando en Isla de Pascua; las loceras prodigiosas de Quinchamalí; la superstición y el chamanismo de los araucanos; el mundo mitológico de Chiloé; la milenaria cueva del Milodón en Magallanes; la figura siniestra del Cabo de Hornos hundiéndose en el mar.

Soy chileno de nacimiento. Amo a Chile por varias razones: por sus bellezas naturales, por su

“loca geografía”, por sus ancestros indígenas, por la generosidad de sus hombres, por ser un país de poetas, por su vino afrodisíaco, por su mar, que es sangre y esperanza de todos los chilenos.

Comparto el pensamiento de un poeta que dijo: “Todos los latinoamericanos debemos sentirnos compatriotas por nuestro lenguaje y nuestras tradiciones . . .” De ahí que América sea mi patria y todos los americanos mis hermanos.

7.—Soy un “moai”.

De todos los lugares que he conocido, uno de los que más me ha impresionado ha sido Isla de Pascua. Tal vez, porque fue como retroceder en el tiempo. Como si de pronto, en un instante, me hubiese sumergido en un mundo extraño, donde la realidad cotidiana se hacía irrealidad, y luego esa irrealidad, volvía a transformarse en realidad. Fue como vivir simultáneamente en un pasado y en un presente. Porque la Isla de Pascua es algo más que un lugar de tránsito de turistas, una isla exótica, un trampolín para saltar desde el continente americano a la Polinesia. Es mucho más que eso. Es pararse en el “ombligo del mundo” y sumirse en las más complejas interrogaciones sobre

su enigmático pasado aún no descifrado, con una arqueología —restos de una civilización— que la hacen ser el museo al aire libre más grande del mundo. Muchos han sido los que han visitado Isla de Pascua, pocos los que han llegado a conocerla. Conocerla significa impregnarse de su historia, de sus raíces ancestrales, de su etnología, de sus mitos y leyendas. Conocerla es entrar a un mundo real e inverosímil, donde los rastros del pasado —su arqueología— conlleva un espíritu vivo y permanente.

De mi vivencia en Rapa-Nui aprendí muchas cosas. Aprendí a conocer otro mundo, un mundo fascinante con el cual aún añoro. Tuve la suerte de conocer a uno de los hombres que más sabía sobre el pasado pascuense: el R. P. Sebastián Englert. De su conocimiento, de sus palabras, de sus libros, obtuve las mejores informaciones, y aprendí a querer la isla, a conocer su pasado, a soñar con sus “aku-aku”, sus “kavakava”: a envolverme con sus mitos plagados de figuras legendarias. Aprendí a vivir una realidad fantástica.

Buscando algo impreciso, quizá los secretos de los antiguos pascuenses, vagué por la soledad de los páramos, por la cumbre de los volcanes, por ruinosos “ahu”, por la legendaria ciudad de Oron-

go, por los acantilados del Poike, por las "paenas" abandonadas. Agudicé el oído y aprendí a escuchar los ecos de las antiguas salmodias, los cantos paganos, los gritos de guerra que estaban adheridos en los rincones del volcán Rano-raraku y el Rano-kao, en la playa de Anakena, en los "ahu" Te-peu, Akivi, Vinapú y Tongariki, y aún vibran en el aire y las nubes que cubrían el cielo. Me contemplé en los espejos de plata del interior de los volcanes; escuché la voz del pasado de los "petroglifos" y las palabras dormidas en las Tabletas Parlantes. Todo un mundo maravilloso con olor a sándalo, a "mahute", a "toromiro", a "makoi", surgía incommensurable, con la vitalidad del "mana" de los antiguos "aríkis".

Isla de Pascua fue una gran experiencia. Una realidad transformada en fantasía. Todo un mundo mitológico, simbólico, saturado de conjuros, de espíritus vivientes, de "moai" caminando por los senderos, de hombres-pájaros llevando el huevo del "manu-tara", de "rongo-rongo" recitando letanías poéticas, de vírgenes nativas bailando danzas eróticas; fue un vivir y soñar la magia sobrenatural de los antiguos pascuenses. La isla penetró en mi sangre, en mis sentidos, en mi sentimiento, en mi corazón. Fui a ella, y ella fue mía. Mi voz fue su

voz, mi canto su canto, mis palabras sus palabras. Aprendí a conocerla no sólo con los ojos, sino también con el espíritu. Pude interpretar sus cábalas, sus secretos, sus mitos. Fue mío el misticismo del "manu-tara" y el "tagnata-manu", la religiosidad del ceremonial del "ao", el valor atávico del tatuaje nativo, la agonía y el éxtasis de los rituales religiosos.

Largos diálogos sostuve con los "moai", inmutables estatuas de miradas perdidas en el horizonte lejano, en eterna espera de **Make-Make**, dios vivo del cielo, del mar y de la tierra. Cuando mi partida hacia la Noche se anuncie, retornaré a Isla de Pascua para que los dioses polinésicos me lleven con los alisios hacia el **Po**, donde podré descansar eternamente. "¡Ai-o-rana!"

8.—Otra vez la Universidad.

Voy a hablar de la Universidad. Deseo precisar qué valor tiene para mí el concepto y sentido de la Universidad. Creo que la Universidad tiene un significado que va mucho más allá de lo que el estudiante universitario común imagina. Desde los tiempos de la Edad Media, en que la Universidad fue creada, ella ha sido el "aima mater"

del conocimiento de las ciencias y las letras. Su espíritu está revestido de universalidad, de ahí su nombre. Posee una personalidad propia, de objetivos únicos, una fisonomía que la diferencia de cualquier otra entidad de estudios superiores. La Universidad es una entelequia, porque lleva en sí el principio de acción sobre los hombres que buscan en ella conocimiento, y sobre los pueblos que necesitan una luz guía para su desarrollo. La Universidad ha podido soportar el paso de los siglos, y llegar a nuestros días, por estas cualidades propias que la hacen ser distinguida, respetada y conservada; cualidades sostenidas en la verdad, el estudio, el saber, la disciplina, la justicia, el intelecto y la cultura.

La Universidad no es una casa de estudios superiores donde sólo se va a buscar un título profesional. Ella conlleva algo más que la difusión del conocimiento y la investigación científica. Pertenecer a la Universidad obliga a compenetrarse de varias cosas importantes que un docente académico o un alumno universitario tiene obligación de saber. En los aleros de la Universidad hay tradición, historia, filosofía, pensamientos, conductas; pilares en la formación de la juventud. Así pienso yo de la Universidad, así la comprendo, así la

veo, así la admiro. Ella es brújula orientadora de los pueblos. Para mí ha sido directriz que me ha marcado rumbos en la vida. Por esa ponderada razón es que he regresado a ella dos veces.

Mi segunda Universidad fue la Universidad de Chile. A ella volví para desempeñarme en la docencia académica y en la investigación científica. Durante doce años me dediqué a esa actividad, durante doce años compartí mi existencia con las bacterias. Aprendí muchas cosas de estos microorganismos unicelulares: sus nombres, su origen, sus leyes de herencia, su reproducción y su acción dañina y favorecedora sobre la vida del hombre, animales y plantas. Llegué a identificarme como una bacteria más de ese mundo microscópico y maravilloso. Al fallecer mi maestro, el profesor Fernando Lara, mi orientador y amigo, muchas cosas cambiaron en aquel trabajo. No me sentí grato y renuncié a mi desempeño de Microbiólogo.

Siempre preocupado de la literatura, ella determinó en mí una vocación irrevocable. La sentí bullir por dentro, y escribir —para mí— constituyó una forma de vida. Un proceso de autoformación, de lectura, de estudio sobre el lenguaje y teoría literaria que había iniciado quince años

antes, hizo que naciera en mí el deseo de realizar estudios regulares de literatura en la Universidad.

Al retirarme de la Universidad de Chile ingresé al Instituto de Lengua y Literatura de la Universidad Católica. Ingresé a esta tercera Universidad a estudiar el grado de Bachiller en Lengua y Literatura. Lo hice como simple alumno, pero llevando conmigo un mundo de vivencias de mi trayectoria de escritor. De esta Universidad recibí muchas cosas: conocimiento, disciplina, auto-crítica, orientación en la investigación, teoría literaria, lectura sistematizada. Esta tercera Universidad fue para mí un verdadero "taller literario" para mi creación artística.

9.—El "Bettina".

Mi casa es un barco acoderado a un cerro de Valparaíso. Es un barco extraño, una ilusión. Nació así, entre el mito y la realidad; entre la fantasía y la poesía; entre tierra firme y el mar, el mar de Valparaíso, luminoso mar, corazón del mar Pacífico.

Mi casa es un barco muy viejo, un navío con su proa hacia la bahía ojizarca, dispuesto a navegar hacia todas las latitudes de los sueños, llevando a

bordo mi tripulación familiar y a mis amigos los poetas.

Mi casa es un barco que se llama "Bettina". No sé cuándo llegó, pero yo lo esperaba, porque las estrellas me lo habían prometido. Fue una espera de siglos, mucho antes que yo naciera ya estaba pronosticado. Un día arribó a mi lado y fui su capitán. Desde entonces navego en él por los mares del mundo.

Mi casa es un barco donde el viento se columpia en los velámenes, jarcias, masteleros y trinquetes. Allí entona su canción litúrgica, vieja melodía de antiguos navegantes. Con ella me emborracho cada tarde y sueño con lejanas aventuras bucaneras y largos viajes oceánicos.

Mi casa es un barco fantasma: el barco de la Poesía Universal, el Navío de la Fraternidad, la Brújula Mayor del lenguaje de los poetas, donde mis amigos vienen a contemplar el mar azul, mar mío, mar de Valparaíso, gran dios acuático. Con el alma en los labios bebemos vinos saturados de esperanzas y sueños de miel y sal.

10.—Mi oficio de escritor.

Mi trayectoria de escritor tiene varias etapas

cumplidas. Las hay de lectura, de aprendizaje, de diálogo con otros escritores, de extensos epistolarios, de actividad gremial, de creación personal. No ha sido un camino fácil, al contrario, de ásperas dificultades y peligrosas tentaciones. En un país como el nuestro, desde hace muchos años se vive una mezquina comprensión intelectual. El artista es un ser enajenado, aprisionado dentro de una sociedad de consumo, incomprendido por una burguesía frívola e insensible. Vivir de la literatura es una tragedia. Sin embargo, algo paradójal hay en esto, porque Chile es un país de poetas, con dos premios Nobel a su haber. En nuestro país, el escritor para subsistir con menos angustia a igual que otros artífices del arte, está obligado a ejercer labores profesionales ajenas a las letras. Si no lo hace está condenado a la miseria.

En mi oficio de escritor, debo reconocer que he tenido suerte. Pero, ha sido una suerte unida a un gran esfuerzo, a un trabajo constante, a un estudio serio y honesto. El haber sacrificado muchas horas de descanso en alcance de la literatura. Escribir no es un juego ni un "hobby", ni tampoco una postura intelectualoide. Escribir es una vocación que conlleva una motivación interior que va más allá de la vanidad, de la "afectada actitud

de sentirse llamado **escritor** o **poeta**". Quien lo piense así, está equivocado. Un escritor al sentir el impulso interior de escribir, de comunicarse, la necesidad espiritual de vaciar sus emociones a través del lenguaje escrito, debe tener conciencia de estudiar, leer, empaparse de conocimiento, de cultura literaria. Debe ser sencillo, humilde, libre de prejuicios y engreimiento. Debe tener carácter, templanza de espíritu, ecuanimidad, para aceptar sin quebrantos la crítica.

Nunca he podido comprender a los escritores que dicen no saber por qué escriben o no les interesa el público lector. Siempre me ha quedado la duda que esas respuestas carecen de autenticidad. Yo pienso de una forma distinta. Creo que el escritor escribe porque un deseo interior lo impulsa a contar algo. Es una necesidad imperiosa que atormenta íntimamente mientras no realiza su comunicación. Mario Vargas Llosa dice que la necesidad de escribir es como tener interiormente aprisionado "demonios" que acosan al escritor y sólo lo dejan en paz cuando se ha liberado de ellos. Estoy de acuerdo con quienes afirman que escribir es una necesidad espiritual, una forma de vivir. De otro modo no se podría explicar la obra de arte. Un poeta joven de Chile afirmó: "La poe-

sía es un modo de vida; un latido humano y vital . . .” Yo agregaría: No sólo la poesía y la literatura, todo el arte lo es.

Se dice que el Arte es comunicación. Si así es, entonces escribir contiene la intrínseca intención de comunicar algo. En mi personal necesidad de escribir o comunicar tengo el deseo de analizar al hombre, revisar su mundo y su problemática existencial. La vida tiene para mí un valor inconmensurable, sea en sus buenos momentos o en sus iniquidades. En los libros que he escrito he tratado de mostrar cosas, realidades, situaciones que cada hombre debe afrontar en su existencia.

Todos los libros que he publicado tienen esta aseveración. Ahí están: “Isla de Pascua”, un ensayo donde muestro la realidad de ese lugar insular; “Fragata Lautaro”, novela, la vida en la Marina de Guerra, con sus problemas y sus ideales; “Narraciones de la Isla de Pascua”, en que cada cuento es un hecho recogido de la vida cotidiana; “Mi casa en Quemchi”, relatos, en que la Vida y la Muerte establecen un juego de continuidad y misterio; “Geografía Poética de Valparaíso”, bocetos, pinceladas poéticas, de los elementos que caracterizan a ese puerto de matrícula universal.

Siempre será importante y de interés hablar

del mundo personal del escritor, porque tal propiedad es "sui generis". Con respecto a mí, hablaré de aspectos que pienso pueden tener interés. En ciertas ocasiones, algunas personas me han referido anécdotas o historias con intención que las transforme en algún cuento. Yo no creo en eso, porque nunca me he sentido estimulado por ninguna de ellas, tampoco creo en la tan discutida "inspiración" para escribir, como si escribir significara entrar en un estado de trance. No creo tampoco, en ese tipo de literatura personal, que se escribe para uno mismo; aquella que queda guardada en los cajones del escritorio. En ninguna de esas cosas creo, porque estoy convencido que el escritor es una fuerza viva dentro de la comunidad, poseedor de una especial sensibilidad para detectar hechos, situaciones. Una especie de profeta de su tiempo histórico. El es capaz de captar cosas que otros no perciben; es como si fuese poseedor de un **umbral de diferencia más acentuado** —como diría un psicólogo—. Yo creo que el escritor tiene ese **umbral de diferencia**, y por esta razón siente deseos de escribir un "asunto" o una "historia", cuando ésta ha sido capaz de despertar en él un estímulo interior originado por una percepción emotiva. El impulso que mueve a un escritor a inte-

resarse por un "asunto", nace de ese estímulo que produce vibraciones espirituales en forma no común para todos. He ahí la gran diferencia. A veces ese estímulo puede ser una flor, un cuadro, el vuelo de un ave, el llanto de un niño, un recuerdo lejano . . . Entonces surge el deseo de escribir, construir un mundo ficticio, con personajes, espacio, acontecimiento; una **Mímesis** de la realidad, pero ella le exige al escritor que debe adoptar una **perspectiva real**; es decir, actitud, lenguaje, identificación con la historia que está contando. Estará obligado a penetrar al interior del mundo ficticio que es la obra literaria y vivir plenamente los acontecimientos. En la creación literaria, el autor, debe ser un actor, y actuar en cada personaje, con plenitud de realidad. En otras palabras, vivir, sentir, para poder escribir.

En el quehacer de la creación literaria, existen muchas curiosidades. No es extraño, si se tiene en cuenta que cada escritor es un ente, con sus peculiaridades que le son propias y exclusivas. Por ejemplo: si se hiciera una encuesta a un determinado número de escritores preguntándoles cómo escriben, cuáles son sus métodos, de seguro que encontraríamos una explicación diferente para cada uno. Pero, entre estas curiosidades, hay una a

la que deseo referirme en forma especial: a la marca que dejarían otros escritores ya consagrados, cuya literatura es representativa en todo el mundo. Me refiero a un Dostoievski, a un William Faulkner, a un Maupassant, a un Julio Cortázar, a un Pablo Neruda. Esto de la "marca" se refiere a cierta influencia que existiría de parte de estos escritores consagrados sobre los más noveles o que recién incursionan en la creación literaria. En unos diálogos que hace unos tres años sostuvieron Jorge Luis Borges y Ernesto Sábato, el primero reconocía que él había sido marcado por Cervantes, Stevenson, Conrad, Flaubert. En cambio, Sábato dijo algo muy interesante: "Es difícil elegir cuando uno se ha interesado por toda la literatura. Además, hay autores que uno omite tal vez inconscientemente y que quizá sean los que más lo han marcado. Una frase, una pequeña frase, puede influir sobre nosotros, sin saberlo conscientemente..."

¿Tiene realmente trascendencia esto de la "marca"? ¿Un escritor podría llegar a modificar su propia condición, influir en él, al extremo de hacerlo cambiar en su estilo? Hay quienes así lo creen. Consideran que esa influencia es negativa sobre ellos y su creación pierde originalidad. ¿Es

que pretenden tener una originalidad absoluta? La originalidad absoluta no existe. Ni en el arte ni en nada. Todo se construye sobre lo anterior, y en nada humano es posible encontrar pureza.

Cuando Sábato dice: "Una pequeña frase puede influir sobre nosotros sin saberlo...", se está refiriendo a que ese influir no corresponde a una sinonimia de modificar un estilo literario. Sábato quiere indicar que esa frase va a motivar, nos hará recapacitar, cambiar de posición —si es necesario— y tomar una nueva actitud frente a una problemática en la creación, pero no perder su propia originalidad. Estas influencias serían pequeños "toques mágicos", señales, quizá, que nos hacen darnos cuenta de algo, y ello puede modificar nuestra obra, pero con una finalidad positiva, de mayor riqueza estética. Esto se comprende mejor, si pensamos que un escritor de la jerarquía de Borges, que confiesa haber sido marcado por Cervantes, Conrad y Flaubert, nadie puede tacharlo que su literatura sea parecida a algunos de estos escritores. Al contrario, Borges es Borges y no permite comparaciones. De ahí que la excusa de negarse a leer para evitar la influencia, es absurda, que ni siquiera merece ser discutida. La lectura ha sido y es, la base para enriquecer el conocimiento

del escritor. En tal oficio, la lectura es la única fuente que al escritor le permite ampliar su visión de mundo.

Si yo tuviera que pronunciarme sobre la "marca" dejada por la mucha literatura que he leído, debo confesar que me siento marcado, pero no influenciado. Creo que desde mis comienzos hasta el último libro que he publicado —que ya son quince— mi estilo es el mismo. Puedo afirmar que determinadas obras literarias han dejado en mí una profunda huella emocional, una vibración permanente en mi espíritu que me ha obligado a volver a ellas. Por ejemplo: "Ana Karenina", de Tolstoi; "Moby Dick", de Melville; "Los Buddenbrook", de Mann; "Madame Bovary", de Flaubert; "Crimen y Castigo" y "Los Hermanos Karamazov", de Dostoievski; "Demián", de Hesse; "El Siglo de las Luces", de Carpentier; "Los Monederos Falsos", de Gide; "Mientras Agonizo", de Faulkner; "Los Ríos Profundos", de Arguedas; "Adán Buenosayres" de Marechal; "Sobre Héroes y Tumbas", de Sábato. En poesía, me ha conmovido la luminosidad cósmica de Walt Whitman; el fulgor rebelde de García Lorca; la fuerza cósmica y germinal de Pablo Neruda; la doble personalidad lírica de Gabriela Mistral; la sencillez pu-

ra de Oscar Castro. Pero, el libro que ha dejado más huellas, revelaciones y encuentros en mi vida, ha sido la Biblia, en el Antiguo Testamento. Tal vez por ello he podido descubrir en la Mistral ese espíritu bíblico que hay en sus poemas; ese influjo judaico, su ajuste temperamental que ella misma tenía por naturaleza.

He tenido oportunidad de conocer, amistar, conversar con muchos escritores chilenos y extranjeros. La labor de dirigente gremial, me dio ocasión de alternar con muchos creadores y pseudo-creadores de la literatura chilena. Aprendí bastante de ellos, de sus vidas, de su calidad humana, de su amistad y también de su ingratitud. El escritor es un ser demasiado susceptible. Vive permanentemente con una sensibilidad a flor de piel; se sobresalta frente a cualquier estímulo. Convivir con algunos significa un gran esfuerzo, tolerancia, fuerza de voluntad, mucha agudeza. De esos años, de todas esas vivencias, sólo me ha quedado un reducido grupo de amigos, con los cuales mantengo una verdadera amistad y un intercambio epistolar. Por ahí están ellos, siempre iguales, siempre sinceros, siempre leales. Por el norte: "Chile, fértil provincia . . ." Por el centro: "Las palabras del fabulador", "Zarabanda en Pomaire", "El reino del agua",

“El recuerdo constante”, “Ventana al sur”, “Zona de sombras”. Por el sur: “Camaricó, Morada del Diablo”, “El viejo armonio”, “Manojos chilotes”. En Valparaíso, junto al mar hay un “Ventanal”, desde el cual cada día saludo al viento, al mar, a las gaviotas, que son ojos de mi infancia: mi infancia-patria. En esta ciudad de velámenes y poetas marineros, tengo un grupo de amigos al que estimo mucho, con los que dialogo y elevo oraciones míticas, quemamos ilusiones junto al gran brasero porteño, bebemos el mar-vino de nuestras amarguras, tejemos un fino encaje de poesía y sueños.

Tuve el privilegio de dialogar con dos grandes escritores extranjeros: Miguel Angel Asturias y José María Arguedas. Más que una satisfacción o un recuerdo placentero, dejaron en mí una huella imborrable. Dos hombres generosos, sinceros, sencillos, de gran espíritu americanista. Estos dos grandes escritores de la literatura hispanoamericana contemporánea, me entregaron aliento y estímulo. Fue una gran lección espiritual.

Me gusta la comunicación epistolar. Creo que en los actuales tiempos que vivimos, en que la comunicación cada vez se pierde más entre los hombres, el intercambio epistolar con otros escritores es

una forma de abrir horizontes, establecer amistad, intercambiar ideas, transmitirnos nuestro palpitar. Yo la practico desde hace varios años. Me escribo con personas que jamás he visto, sin embargo, nos conocemos y somos amigos. Mi comunicación epistolar, de preferencia, es con gente de literatura: escritores, poetas, ensayistas, profesores, de diferentes partes del mundo: Alemania, Italia, Francia, Bélgica, España, Estados Unidos, México, Nicaragua, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Argentina, Perú. Creo que realizamos un intercambio cultural efectivo, porque en esta comunicación prima la amistad, la sinceridad, el deseo de las buenas relaciones humanas. Ideas, apreciaciones, crítica, consultas, libros, revistas, publicaciones, van y vienen como aves oceánicas que se pierden y vuelven desde la lejanía. Con este intercambio epistolar derribé la cordillera de los Andes y no tengo límites culturales. Conozco gente y mundos que me entregan energía para vivir, escribir y olvidar mis angustias cotidianas. Tal como lo expresa Bruno en "Sobre héroes y tumbas": "El hombre no está hecho sólo de desesperación, sino de fe y esperanza; no sólo de muerte, sino también de anhelo de vida; tampoco

únicamente de soledad, sino de momentos de comunión y de amor . . . ”

Estoy de acuerdo que el escritor es un testigo de su tiempo, de las circunstancias que le corresponden vivir en su tiempo histórico. Lo más importante que debe haber para él como “compromiso”, debe ser consigo mismo frente a la vida, a su existencia, y deberá hacerlo como hombre y después como creador. Es frecuente escuchar decir que el hombre de hoy vive ante el peligro de la aniquilación y la muerte, de la tortura y la soledad. Que es un hombre en situaciones extremas, que ha llegado o está frente a los límites últimos de su existencia. “La literatura que lo describe o indaga —afirma Sábato— no puede ser, pues, sino una literatura de situaciones excepcionales”. De ahí, que este escritor argentino, uno de los más valiosos creadores contemporáneos, al referirse sobre la novela, ha dicho: “Es una historia parcialmente ficticia; es un tipo de creación en que, a diferencia de la ciencia y la filosofía, no intenta probar nada; **la novela no demuestra, muestra.** Es en fin, una descripción, una indagación, un examen del drama del hombre, de su condición, de su existencia. Pues no hay novelas de objetos o animales, sino, invariablemente, novelas de hombres”.

Luego agrega: "A igual que hoy, cada vez que el ciclo platónico retorna al punto catastrófico, el hombre dirige su atención a su propio mundo interior. El gran tema de la literatura no es ya la aventura del hombre lanzado a la conquista del mundo externo, sino la aventura del hombre que explora los abismos y las cuevas de su propia alma".

Todo esto me hace recordar lo que cierta vez dijo Octavio Paz: "Cada vez que un artista ha comprometido su creación con lo político, ha sido funesto. De ahí que los escritores deben guardar distancia con el poder político. Ello, porque el escritor ejerce su oficio basado en dos facultades que lo definen como escritor e intelectual. Una: el pensamiento crítico, la honradez crítica, el rigor crítico. Lo otro es: la imaginación. La libertad del mundo del escritor se llama **crítica** e **imaginación**. De ahí que las críticas de los intelectuales tienen un poder limitado. No hay que hacerse demasiadas ilusiones: la literatura no cambia la sociedad. Pero sí muestra las posibilidades de cambio de una sociedad. Los escritores, que como Sartre, han dicho que sienten vergüenza de ser intelectuales, han abdicado. Además, su vergüenza es paradójica, ya que para declarar que renuncian a su función de escritores en beneficio de una actividad

revolucionaria . . . escriben un libro o un ensayo. Son grafómonos con remordimientos”.

Hasta aquí llegan mis palabras. He tratado de ser sincero conmigo mismo y con ustedes. Me he identificado tal cual soy: un hombre inquieto, entusiasta, lleno de motivaciones, con esperanzas, con dudas, amigo de mis amigos, admirador de los poetas, aficionado al estudio de viejas civilizaciones, a la arqueología, a la etnología, a la parapsicología, a las lenguas muertas, a las revelaciones esotéricas. Me deleita la historia, el arte griego, el renacentista. Me gusta la música de Vivaldi, Mozart, Chopin, Paganini y Grieg; el folklore latinoamericano, las danzas autóctonas, los rituales indígenas. Soy un incansable lector, creo que moriré con un libro entre mis manos. La literatura medieval y la novela moderna son mis lecturas preferidas. Los mitos y las leyendas, la literatura fantástica me apasionan; de ahí mi inclinación a realizar este tipo de literatura; también porque creo que la realidad cotidiana que nos rodea es mucho más compleja de lo que imaginamos; vivimos permanentemente envueltos en una ensoñación. Me gusta soñar, porque me ayuda a vivir y escribir. Dryden decía: “De noche, cuando soñamos, somos actor, autor, espectador, y teatro. Somos todo . . .”

Yo me siento identificado con eso. Estoy de acuerdo cuando Sábato dice: "Sin sueños no se podría vivir. Tampoco sin ficciones . . ." Y Schopenhauer escribió que la vida y los sueños eran hojas de un mismo libro, y que leerlas en orden es vivir, hojearlas es soñar.

He venido a contarles todas estas cosas, muy íntimas, muy personales, como diría mi amigo el poeta Jaime Quezada: "Casi crónicas, casi recuerdos. Historias de familia que parecieran decirme que nada ha pasado, sino el tiempo que lo aclara y maravilla todo . . ."

Afirmado a la borda de mi barco, seguiré navegando entre estrellas y espinas. Las manos apretadas a las jarcias; la mirada oteando el ancho mar. Con el verso musical entonaré una canción marinera, ya vieja y melancólica por los vientos y la lluvia. Cada día, cada hora, ofreceré en holocausto mi amor ineludible a esa pasión que es fuego y angustia. Por el tiempo infinito de la tierra y el mar, navegaré con mi boca llena de raíces y flores que arrojaré al mundo como frutos de mi vida. Tú, y tú, y tú, podrás cogerlos, cubrir tu espíritu con un manto de pétalos transparentes y olorosos. Entonces podrás cantar el himno a la vida, amarás a tu hermano, y darás un pedazo de pan

con amor. Vendrá la aurora, podrás reír y tu alma
será un diáfano resplandor, una estrella en el cie-
lo, un poema en el Universo.

A bordo del BETTINA, en la rada de Valparaíso. Di-
ciembre de 1976.